

ponsabilidad la tienen los gobiernos norteamericanos que, al mantener una absurda política de bloqueo económica, se han convertido paradójicamente en el último

sostén político real de un régimen que a estas alturas sólo provoca el miedo y la incertidumbre de la mayor parte del pueblo cubano.

A LA ESPERA DEL DERRUMBE

Jesús Rodríguez Zepeda

UAM-I, México

I

Muchos juicios, por la frecuencia de su repetición y por su plausibilidad en primera instancia, se instalan sin dificultades en los sistemas de valoraciones colectivas y acaban convertidos en lugares comunes. Tal es el caso del siguiente aserto: «los sueños de la razón producen monstruos», insistentemente utilizado para proporcionar algún sentido al dilema para la ética y la política planteado por los regímenes comunistas (tanto los que ya desaparecieron como los que aún subsisten) que, en las últimas décadas, no han dejado de exhibir sus efectos perversos sobre la vida colectiva y sobre los proyectos individuales de los hombres sujetos a su dominio.

Este aserto, que supone una distinción clara entre un proyecto políticamente positivo y moralmente defendible y una concreción política burocrática con consecuencias morales indefendibles, sigue atado a la idea de «desviación» como categoría explicativa de la debacle práctica de los modelos utópicos revolucionarios.

Actualmente, ya no impera la discusión (vigente, por cierto, hasta hace apenas un lustro) a propósito de si los regímenes del llamado socialismo realmente existente habían traicionado la letra y el «espíritu»

originales del marxismo (en esto, por lo demás, cada corriente fue capaz de reconstruir, a la medida de sus intereses, al Marx que más les convenía). La discusión sobre las desviaciones parece haber cambiado de orientación: hoy día prácticamente nadie reivindica poseer al «Marx verdadero» o ser dueño del discurso de «lo que verdaderamente dijo Marx». En este sentido, ya no estamos ante una disputa sobre la hermenéutica canónica del discurso marxiano sino, más bien, en el terreno de un agrupamiento de distintas posiciones cuyo vínculo es el «aire de familia» de la apuesta revolucionaria.

En efecto, ahora que las antiguas corrientes y sectas del marxismo asumen la identidad del proyecto común, el tema de las desviaciones corre por otro camino. Como después del derrumbe de la URSS y los regímenes socialistas del este de Europa son muy escasas las posturas que defenderían el socialismo existente, la norma parece ser acusar a la realidad de corromper los altos ideales de los padres fundadores. Por ello, aún entre muchos marxistas, el asombro y el repudio morales se dirigen contra las instituciones específicas del socialismo real que se convirtieron en la antítesis del mundo ideal prefigurado por el discurso marxista de la utopía.

La brecha donde opera la nueva desviación parece ser clara: el humanismo, la racionalidad, la fraternidad, la libertad y la igualdad de todos han sido sustituidos por la dominación vertical, el Estado policia- co, la intolerancia, la represión y el surgi- miento de nuevos privilegios. ¿Qué ha pa- sado, qué ha tenido que pasar para que los sueños de la razón, después de un periodo oscuro en el que se diluyen las responsa- bilidades, se convirtieran brutalmente en los monstruos del autoritarismo burocráti- co? ¿Qué pasó, qué ha tenido que pasar para que la utopía del mundo sin conflicto y sin política acabara convertida en la polí- tica del miedo y la supresión de las li- bertades?

Sería difícil creer que los monstruos de los que hablamos hayan sido originados por generación espontánea, que nada tu- vieran que ver con los sueños redentores y las cargas religiosas del proyecto políti- co (marxista principalmente, pero no úni- camente marxista), construido sobre la idea de revolución.

En efecto, en la política los sueños de la razón producen monstruos siempre y cuando éstos se incuben desde el modelo normativo y el proyecto político, es decir, desde la postulación del discurso utópico fundacional.

No basta, entonces, con hacerse cargo de una brecha que separa lo deseable de lo indeseable bajo el criterio sencillo pero falso de la «desviación». Es necesario re- conocer que, en el marco de la moderni- dad, el modelo revolucionario produce re- sultados intrínsecamente perversos. La constelación mitológica asociada a la idea de revolución: sujetos únicos, violencia constructiva, garantías históricas del cami- no correcto, hiperpolitización de los indi- viduos, etc., no puede sino dar lugar a polí- ticas abiertamente antidemocráticas, in- tolerantes y excluyentes. Por ello, si en el terreno de la expresión de los buenos de-

seos (y los buenos deseos de muchos re- volucionarios están, en honor a la verdad, fuera de toda duda) parecen diáfanos los objetivos a alcanzar, en el campo de la política efectiva las utopías comunistas se transformaron (si no es que desde su ori- gen lo fueron) en revueltas antimodernas.

En efecto, si ponemos en duda el ca- rácter *moderno* de las llamadas revolucio- nes socialistas, podremos empezar a com- prender por qué el horizonte político en estas sociedades fue marcado por una crí- tica al capitalismo desde un discurso polí- tico antimoderno. En este sentido, pode- mos decir que el proyecto revolucionario del marxismo, que muchos autores y mili- tantes han alineado en la tradición de la Ilustración, encuentra su verdadero aco- modo en las luchas nacionalistas y restau- radoras de identidades de los países atra- sados.

Sería conveniente reconocer que el postulado político central del marxismo, la idea de revolución, se construye como respuesta emotivo-moral frente a los pro- cesos de modernización que son vividos como destrucción, enajenación y pérdida de identidades (de ahí su gran capacidad de convocatoria en condiciones de pobreza y ausencia de cultura política democrá- tica); pero también se construye como promesa de futuro, es decir, como resar- cimiento de agravios e infortunios colec- tivos.

Sin embargo, como ya argumentaba Tocqueville a propósito de la Revolución francesa,* no hay conexión directa ni necesaria entre condiciones de pobreza ge- neralizada y estallidos revolucionarios. Podemos agregar que se requiere, entre uno y otro elemento, la intervención de un proyecto político revolucionario, con resoluciones estratégicas y tácticas preci-

* Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, Madrid, Alianza, 1982.

sas. Por ello, podemos sostener que no hay garantías históricas para la viabilidad de los proyectos revolucionarios (así sean éstos los más heroicos, los de más sangre derramada o los defendidos con la mejor retórica), lo que equivale a sostener que las revoluciones, aunque sucedan, no comportan necesidad alguna.

El modelo revolucionario reduce la política a la confrontación violenta y, en este sentido, anula toda posibilidad de pluralismo democrático. Aunque en esta época de enormes desengaños podría ser obvio, es necesario insistir en ello: revolución y democracia son métodos políticos contradictorios.* La afirmación de uno tiene necesariamente que negar al otro. Los medios de uno —salvo en el caso del cinismo militante que instrumentaliza a la democracia— son radicalmente distintos a los del otro.

II

El libro de Andrés Oppenheimer *La hora final de Castro* (México, Grijalbo, 1993) no es una reflexión teórica sobre las revoluciones socialistas, ni siquiera un análisis sociológico sobre la revolución cubana; pero sí un testimonio verosímil sobre la situación política y económica del régimen que sigue siendo referente y protegido moral de la mayor parte de la izquierda socialista iberoamericana.

La hipótesis que guía el trabajo supone que el recuento minucioso que se hace tanto de los escándalos políticos, familiares y militares como de los rasgos diversos de la crisis económica cada vez más extendida y sin visos de solución es suficiente para dar por sentada la inminente caída del régimen de Fidel Castro. Sin embargo, no es necesario hacerse cargo de esta hi-

pótesis para concordar con Oppenheimer en que las posibilidades de sobrevivencia del gobierno de Castro son mínimas si no se somete a una política de grandes reformas que deberían iniciarse en el corto plazo. Y no se trata, por supuesto, de que no se hayan dado ya reformas que buscan, fundamentalmente, enderezar el rumbo de la economía y hacerse de las divisas necesarias para garantizar el abasto interno y el funcionamiento de la planta productiva, sino de que las reformas políticas necesarias (que apuntarían obligatoriamente hacia el dismantelamiento del régimen de partido único y a la deconstrucción del liderazgo carismático de Castro) no están en la agenda de ningún sector de la élite gobernante en el país caribeño.

El de Oppenheimer es un muy buen ejemplo del periodismo norteamericano de cuño liberal. Aunque el autor haya nacido en Argentina y desarrollado allí sus primeras tareas de periodista, desde 1976 ha estado vinculado al aparato periodístico norteamericano. El que en su momento se le haya otorgado el premio Pulitzer no sólo habla de la buena factura del libro y del gran esfuerzo que en él se invirtió, sino también de una evaluación realizada desde los valores políticos y morales del liberalismo norteamericano. Puede calificarse el libro de Oppenheimer como un «fresco», un retrato impresionista cuya coherencia sólo se nota en el conjunto, pues el trabajo empírico se desarrolla sobre campos muy distintos, de desigual importancia y difícilmente combinables entre sí. Lo que establece la unidad del macroreportaje es, pues, la función «representativa» o «expresiva» de la crisis del sistema que cumple la descripción de cada uno de los casos.

La primera parte del libro está dedicada a ofrecer un relato pormenorizado del *affaire* Ochoa - De La Guardia, es decir, del escándalo político generado a propósito

* Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*, México, Cal y Arena, 1990, *passim*.

de la acusación de corrupción y narcotráfico a estos dos miembros de primera línea de la jerarquía militar revolucionaria y su consecuente ejecución. No es la retórica moralizante ni la decisión de aplicar un «castigo ejemplar» lo que más sorprende de este caso, sino la cantidad de hilos tendidos entre la política efectiva, el modelo revolucionario, el sistema de justicia y la simple y llana delincuencia.

No es posible, aun contando con los argumentos vertidos por Oppenheimer, tener la certidumbre de la inocencia de los militares cubanos ejecutados; sin embargo, lo que hace perversa toda la situación es la ausencia de un efectivo Estado de derecho, en el cual el castigo de crímenes como la corrupción o el narcotráfico no tuviera que hacerse, disfrazando intenciones de claro tinte político, bajo la figura de la dignidad socialista y el papel glorioso asignado a la nación por la historia.

Lo cierto es que el caso Ochoa - De La Guardia refleja, entre otras cosas, la dificultad de compatibilizar el respeto a las garantías individuales mínimas con la predominancia de un poder casi absoluto depositado en la figura del líder «histórico» de la Revolución. Se trata de una contradicción irresoluble cuando el marco de la discusión está predefinido con la historia como referente y no la política o el derecho. En todo caso, el mayor elemento de incertidumbre proviene de que el discurso de la élite castrista ha convertido términos francamente ideológicos (pueblo, historia, dignidad, etc.) en recursos de argumentación para dirimir querellas. Las palabras de Raúl Castro al respecto son ejemplares: «Esa es la moraleja que debemos aprender: por muchas estrellas que se tengan en el hombro, y por muchos títulos de Héroe de la República que se lleven en el pecho, nadie se puede empinar sobre el pueblo —gritó Raúl Castro—. Nadie debe sentirse por encima de nada, y yo creo

que los ejemplos de estos últimos días alcanzan a demostrarlo» (p. 104).

Ciertamente, el caso cubano no entra con facilidad en el esquema del autoritarismo burocrático. Sus grandes logros sociales en salud, educación y vivienda y su imagen de pueblo mártir (dicho esto sin ninguna ironía), proporcionan al gobierno —como bien documenta Oppenheimer— un capital político todavía suficiente para mantener hacia dentro y fuera de la isla los consensos mínimos a partir de los cuales la vía de las reformas todavía se muestra como provisoria.

Sin embargo, ni la creación de los bolsos capitalistas, con inversión extranjera al 100 %, ni el apoyo institucional al turismo, con su paradójico perfil de *apartheid* hacia los propios ciudadanos cubanos, ni la biotecnología, que parece sustituir a las enormes zafras del pasado como esperanza central de acopio de divisas, ni las reformas monetarias recientes, que legitiman la posesión de dólares pero callan sobre los mecanismos para que los ciudadanos los obtengan, ni, en fin, todas las decisiones orientadas a oxigenar la deteriorada economía cubana, resultan suficientes para responder a una crisis que es, fundamentalmente, política.

Ha llegado a ser convencional considerar la crisis cubana como un problema económico, resultado del bloqueo norteamericano vigente desde hace tres décadas y reforzado en los últimos años. Aunque es cierto que los efectos dañinos del bloqueo son empíricamente constatables y pueden ser vinculados con la escasez generalizada en el país, también es cierto que el bloqueo ha proporcionado un (indeseado, pero bien utilizado) recurso de legitimación a la cerrazón de la jerarquía castrista frente a todo intento de avanzar hacia condiciones políticas de tolerancia y competencia políticas.

La crisis económica cubana —que se

ha intentado paliar no sólo por autoridades y ciudadanos cubanos sino también por numerosas organizaciones solidarias en el mundo— no puede evaluarse de manera unilateral, y seguirse viendo sólo como martirologio; debe también verse como elemento de una crisis sistémica que afecta al conjunto de relaciones sociales, incluyendo, por supuesto, a la estructura del poder político castrista.

Un juicio que vale para los sistemas autoritarios derechistas (Chile en la época de Pinochet, Corea del Sur, etc.) también es explicativo de la situación cubana: pueden convivir, durante un largo periodo, autoritarismo político y apertura económica, pues, contra los deseos de los teóricos

neoliberales, no basta con liberalizar los resortes de los circuitos económicos e instalar en su trono al mercado para establecer automáticamente una ruta irreversible hacia la democracia.

Las reformas económicas de Castro son ya más que guiños al mercado y capitalismo internacionales; sin embargo, nada en ellas contiene posibilidades efectivas de una democratización a corto plazo. Por el contrario, la efectividad en el corto y mediano plazos de tales reformas, además del alivio que mercedamente recibiría la vida cotidiana de los cubanos, reforzaría la tendencia gubernamental a hacer de la cuestión democrática una asignatura pendiente. Siempre pendiente.